

ANÁLISIS HERMENEUTICO

Roberto Ángel Molo Arabehety

INTRODUCCIÓN

La introducción de una introducción parece ser la duplicidad innecesaria de una misma y única operación, lo que fuera puesto de relieve por Derrida. Y para los efectos de nuestro trabajo, será simplemente una explicación anticipada de los parámetros que hemos tenido presente a fin de realizarlo, en el entendimiento de que el trabajo por sí solo no logra ser suficientemente explícito.

La idea origen de la hermenéutica, que trascendía una simple exégesis del texto, y en cuanto intentara dar una explicación racional y fundada sobre la identidad de un documento primero y luego sobre el verdadero alcance del contenido, no ha dejado nunca de estar en nuestro subconsciente, enquistado en alguna neurona que recurrentemente y cuando menos lo esperamos reaparece cual fantasma no invitado.

Por ello, a pesar de entender que la propuesta deconstructiva era la más atractiva de todas las opciones, en atención al fantasma que se presenta proyectado en un espejo, entendiéndolo como un aviso que no debe dejarse de atender, optamos por amalgamar dos vertientes hermenéuticas.

Cuando la hermenéutica deja el campo de la filología para erigirse en una disciplina propia, con su propio objeto de estudio, el Círculo Hermenéutico alemán le otorga su status particular y carta de ciudadanía. Y entre ellos, Friedrich Ernst Daniel Schleiermacher, se presenta como el creador más acabado de esta línea de pensamiento.

Lo tomamos como la línea clásica del pensamiento hermenéutico, hija natural de aquella madre filológica y cara visible de los fantasmas recurrentes de nuestro subconsciente intelectual, y a ella nos aferramos tal como la entendimos.

Al final de ésta introducción desarrollamos brevemente lo que consideramos trascendente en el pensamiento de Schleiermacher y de Jacques Derrida, sin que esas anotaciones signifiquen una aportación original, sino más bien burda copia de algún autor más versado en dichos autores (en el capítulo de bibliografía se expresan los libros consultados).

Llamamos clásica a ésta línea hermenéutica al presentársenos como el primer producto acabado de esa disciplina, pero también y por sobre todo, por entender que resulta la que más aspectos cognitivos considera en la comprensión y entendimiento del texto, al margen de resultar aquella que se nos hace más intuitiva, natural, primaria. Es como la idea primigenia que se nos presenta tan pronto como nos paramos frente al objeto que pretendemos conocer.

En vista a esta última aseveración es que la presentamos como el fantasma recurrente del que somos incapaces de desprendernos, porque por más esfuerzo conciente que realicemos, siempre, en algún momento asoma la sombra de su presencia, y tal como lo presenta Derrida, el archivo secreto se instala en el texto.

Por el otro extremo, en cuanto a propuesta original, creativa y querible (amor como sentimiento, que siempre estará presente, aunque lo escondamos bajo el ropaje de exigentes formalidades racionalistas), Derrida nos seduce.

Su idea se presenta atrevida, compleja, no entendida todavía en su totalidad (al margen de haber fallecido mientras analizábamos su obra, teniendo en cuenta que recién con su muerte el autor clausura o cierra el círculo de su pensamiento, abierto a nuevas aportaciones propias hasta ese entonces).

A esta falta de cabal entendimiento de las ideas derridianas se debe tal vez la extensión de las referencias que hemos insertado de su obra, en el esfuerzo supino por acceder a un pensamiento sutil y un tanto etéreo.

Aún así, Derrida parece ser el complemento natural de Friedrich Schleiermacher, tal como la teoría del microcosmos se complementa con el macrocosmos, aunque tengan leyes aparentemente disímiles, o presupuestos distintos.

En efecto, Schleiermacher es el pensamiento dominante occidental, en donde el texto es ausencia, muerte, subvaluado en relación al habla por ser un producto de inferior categoría que ella; mientras que Derrida expresa que “no hay fuera del texto”, y por ello el autor carece de importancia frente a la totalidad del texto, del que sólo encontramos huellas de huellas, y así subvertimos el presupuesto devaluacionista de la filosofía sobre la escritura. Y no es que sean antitéticos, simplemente que expresan campos de acción distintos, que obligan a analizarlos en forma conjunta. Y es que cada investigador busca algo distinto, y depende de su búsqueda será el afán de sus desvelos.

Observemos que a su turno, es posible que la deconstrucción tenga en sí el germen de su propia deconstrucción. Pero mientras tanto, nos satisfeceremos buscando las huellas, y si aún no fue borrado y fuimos capaces de encontrarlo, el archivo secreto será la clave de nuestro éxito.

¿Pero cómo? Acaso cuando leemos a Freud, tal vez en el esfuerzo catedrático de conocer sus ideas porque somos parte de una estructura (estructuralismo que estuvo cerca de Derrida), debemos prescindir del autor. O que cuando Derrida polemiza con Paul de Man (para mencionar alguno, ya que su vida es una continua polémica), no

es el escrito de Paul de Man el que critica, sino un texto cualquiera y por lo tanto, prescindente del autor, resulta el texto anónimo.

Reconocemos lo “acomodaticio” de las observaciones precedentes, pero nos han servido para entender que Schleiermacher y Derrida tienen cada uno su propio campo de acción.

Por ello, para una cabal comprensión y entendimiento del texto, tal vez debamos hacer uso de una y otra corriente hermenéutica, con el consiguiente riesgo de reducir las a meras técnicas de abordar el objeto conocido.

Comprensión y entendimiento pueden ser entendidas en dos dimensiones distintas, planteadas cada una por uno de los autores mencionados precedentemente. Así comprender en tanto internalizar parece ser la propuesta de Schleiermacher en cuanto empatía hacia el autor y su idea, mientras que entender sería la idea de Derrida, en cuanto quinta columna de la idea introducida ya en el acto de escritura.

Por último, mencionaremos brevemente el criterio para seleccionar el material de análisis hermenéutico. Selección que tiene criterios expresos y un poco de azar (la famosa frase de Albert Einstein sobre que la física no juega a los dados, pero que se refería a la física cuántica, la que desechaba por la cantidad de variables aleatorias que encontraba).

En fin, lo cierto es que establecimos a priori los siguientes puntos:

- Ninguna obra ya leída.
- Obra literaria, no filosófica (aunque para Derrida no existe distinción).
- Autor con cierto reconocimiento.
- Novela

De los componentes aleatorios surge la obra.

Ahora bien, toda obra tiene un autor, que vivenció su idea en un momento dado, con los elementos que tenía a mano, incluso en los componentes ficcionales se encuentra la impronta del tiempo y la cultura.

Mención aparte merece el idioma, y en el caso de ser de otra lengua, se nos presentará la dificultad de la interpretación que toda traducción implica.

Tal como lo sostiene Derrida, el autor no es el que maneja la obra, ya que se encuentra condicionado por la lengua y la cultura propia de su tiempo y lugar. Lo cual no deja de ser una derivación más del principio establecido por Ortega y Gasset, en el sentido que yo soy “yo y mi circunstancia”.

Entender al autor y la historia que lo envuelve, su lengua, para recién encaminarnos a la obra.

La idea que trasmite, la línea argumental, los focos de atención, el desenlace, son los elementos primarios a tener presente para su cabal comprensión, y tal vez cumplido este paso convenga volver al autor, o no.

Pero Derrida nos indica que debemos analizar las huellas, los espectros y archivos ocultos del texto, porque el texto mismo tiene vida, como que la obra se independiza del autor, o quien le diera vida, su progenitor no es dueño de la obra, que ya es parte del lector, de tantos lectores como destinatarios reales y potenciales tenga, ya que la obra puede no llegar a destino.

Y así, quien rescribe la obra es el lector, y las huellas que busca son las del autor y las del lector. Ello porque los archivos secretos son imputados al autor, pero el lector deja su impronta también en la obra, que es reescrita cuantas veces es leída.

FRIEDRICH ERNST DANIEL SCHLEIERMACHER

Llevar la comprensión e interpretación al centro de la experiencia humana universal, en la práctica cotidiana.

Esfuerzo de alguien (de un hombre) que pertenece a una cultura, por captar la experiencia de otro. De un habitante de una época histórica que trata de abarcar la práctica vital de otra época.

Interpretación psicológica. Colocarse uno mismo en la mente del autor. Recreación del acto creador, reconstrucción que se origina en el momento vital de la concepción.

Para comprender el significado, es preciso “identificarse” literalmente con el autor.

La empatía es la principal herramienta de la personificación.

Su psicología (en germen de la de fines del siglo XIX) se relaciona con los puntos de vista “humanísticos” de la psiquis humana.

El hablar está entretelado en la textura vital que comparten, las palabras son elementos inseparables de la totalidad de la vida que ambos comparten. Existe inmediatez en el habla. Un texto escrito ha perdido conexión con la vida que les confería sentido. La “interpretación psicológica” significa considerar un acto como un elemento dentro de la totalidad de la vida, y su misión implica restaurar la perdida, olvidada o mal entendida totalidad del acto.

El observador es solamente capaz de advertir la “trama” que permite tejer la tela de la vida a partir de los “supuestos” que persisten tenazmente, aunque invisibles, en el acto del habla, pero que no son accesibles a los involucrados.

Se asevera la superioridad cognitiva del intérprete sobre el autor. Simplemente porque encara al objeto como objeto, desde fuera, como un fenómeno extraño, que pone en marcha el proceso de interpretación, y es capaz de conducirlo a la reconstrucción de la totalidad de la vida.

JACQUES DERRIDA

El cuestionamiento sistemático de los bordes, los márgenes, los títulos de un texto, y la reinscripción de esas marcas en el texto, es la huella que nos deja Derrida, como asimismo su proyecto de analizar la filosofía como la escritura que disimula y devalúa la importancia de esos lugares del texto que ella declara “exteriores” a sí misma. Derrida utiliza en los textos que analiza lo que denomina como “contradicción preformativa”: lo que se dice es lo contrario de lo que es dicho; lo que es dicho muestra, sin que el texto que escribimos lo sepa, lo contrario de lo que es dicho. Esta es el principio y el origen de todo comentario, y produce una tensión constitutiva de toda lectura.

Derrida vuelve a pensar y subvierte radicalmente el concepto de texto y la idea de textualidad, alterando con ello nuestras prácticas más tradicionales de lectura y de pensamiento.

“No hay fuera de texto”: imposibilidad para el escritor de situarse simplemente fuera de la lengua y de la lógica del discurso que sostiene, de dominar el texto y ser el que conoce los pormenores de su discurso. Como el texto se vuelve general (todo lo que es está en el texto), lo que se denomina “texto” permite volver a pensar la relación entre el texto y el mundo, o entre la escritura y la vida. El sentido y la función del concepto de texto son así reelaborados: el texto no está sino tejido por diferencias y por huellas de huellas; todo texto es la transformación práctica de otro texto.

La afirmación “no hay fuera del texto” anuncia y produce un trastorno general del pensamiento que desplaza la relación entre el texto y lo que se creía es la realidad o los fenómenos (históricos, políticos, económicos, sexuales, etc.). No hay acceso a las cosas fuera de los textos: la presencia de las cosas está interminablemente diferida, y no se accede nunca a lo que Derrida llama “diferancia” (différance) (que es el concepto más general para la escritura).

Es el texto, el Todo, el que reconduce todo al texto, de la misma manera en que son los textos los que se deconstruyen. La deconstrucción está inscrita en la textualidad como su ruina y al mismo tiempo como su principio.

La deconstrucción es el principio de ruina que está inscripto en todo texto en el momento de su escritura. Actúa como un virus insembrado en el origen y que desmonta de antemano todo “montaje” textual o institucional.

Lo que se denomina “deconstrucción” debe comprenderse como el “trastorno” de la dialéctica, del discurso y de la lectura que quieren el dominio sin reservas del sentido y de la significación, el dominio de lo que sucede al pensamiento.

La innovación derridiana consiste en la inversión de la jerarquía tradicional occidental entre el habla y la escritura. Esta jerarquía se encuentra sustentada en que la escritura es pensada como un instrumento y una técnica inesencial, derivada del habla viva y presente. Esta subordinación metafísica de la escritura al habla, y el sistema de oposiciones que rige, Derrida la denomina “fonocentrismo” o “fonologocentrismo”. El “fonocentrismo” y sus presupuestos estructuran constantemente la metafísica. La deconstrucción comienza por invertir el valor de las oposiciones metafísicas, y por sobrevalorar lo que siempre ha sido subvaluado con el objetivo de neutralizar esas oposiciones, para luego desplazarlas y crear nuevos conceptos: los conceptos derridianos de vida, de muerte, de literatura, de textos, de escritura, de huellas, de cenizas, de espectros.

Para Derrida, en la línea de Freud, lo que está borrado en un pensamiento deja huellas en el texto de ese pensamiento. El sentido de un texto y de un acontecimiento no está nunca simplemente dado a la lectura, ya que lo que está inscripto en un texto siempre lo está por un movimiento de retiro y de borrado. Lo que está inscripto no es nunca lo que está presente ni presentemente legible.

El pensamiento de la huella está obligado a considerar de otro modo los textos y su significación. Este pensamiento muestra que el sentido y la significación no están ni simplemente presente ni simplemente ausente, ni inmediatamente legible ni tampoco ilegibles u ocultos.

Es necesario distinguir y diferenciar en la lectura todas las modalidades posibles de borrado que dejan huellas en un texto.

La deconstrucción libera fenómenos sin presente ni presencia. Lo que la deconstrucción libera y hace volver, Derrida lo piensa bajo los conceptos de “espectros” o de “fantasmas”: no son ni las “cosas mismas” que suponen una presencia, ni lo invisible que supone una metafóricidad incuestionada. La deconstrucción de los textos es la posibilidad para que algo llegue al pensamiento y a la escritura.

La mayoría de los discursos son retomados por aquello que pretenden subvertir y que, en consecuencia, la sistematicidad de la metafísica y de la filosofía es más poderosa que aquello que pretende destruirla o escaparle: toda resistencia a la metafísica es entonces cómplice de aquello a lo que resiste, en el momento mismo en que resiste, incluso en sus gestos más subversivos. Así Derrida muestra la duplicidad de los textos, la ambivalencia de su textura y la conflictividad de sus estratos. Esta duplicidad, este ser doble de los textos, es lo que deshace y deconstruye los textos en el momento de constituirlos; es lo que hace a la textura de los textos.

“No hay fuera de texto” significa que no hay significado trascendente, y que no quedan más que huellas de huellas. La escritura como huella.

El habla se piensa siempre a partir de la vida y de la presencia de sí, mientras que la escritura está asociada a la muerte como a la repetición. Mientras tanto Derrida sostiene “la unidad de la vida y de la muerte”; pensar la vida como huella, la vida es texto, postergación y no-inmediatez, se repite diferenciándose a sí misma, no es ni una ni idéntica a sí misma, es huellas y no presencia plena.

Con este concepto de huellas se piensa la aparición de los fenómenos y de las cosas como si tuvieran lugar “sobre un fondo” de desaparición.

Las huellas “no llegan sino a borrarse”, y toda escritura es la de un superviviente. Puedo ser muerto en el instante en que escribo, y esa es la condición para que haya huella o escritura; que aquel que escribe pueda estar muerto en el momento en que es leído.

Aquel que escribe se separa, se retira para que haya inscripción: la huella de la inscripción, su rasgo, es el retiro del autor. Toda escritura es de esencia testamentaria.

Piensa la literatura en la inmanencia de su letra y libera a ésta de todos los significantes trascendentes y trascendentales (tales como la intención del autor, su vida, el genio, la psicología de los personajes, el mensaje, la idea de obra, la belleza, la significación, el significante, etc.). Saca a la luz los “significantes literarios” enterrados en las trascendencias que fascinan a la filosofía y a la crítica literaria.

Formula explícitamente la cuestión de la “literariedad”.

La escritura es inmanencia en la que todo es dado y sustraído. Así, importa más que todo analizar la letra, la literalidad y el significante literario de la filosofía y de la crítica literaria: analizar la filosofía en sus efectos, mostrar la incidencia de los “efectos” (los títulos, los márgenes, el estilo, el tono, los contextos, las instituciones ...) sobre el discurso filosófico.

La inmanencia de la materia significante (la vida como escritura) está liberada de toda trascendencia. Los significados, al ser lo que queda de trascendente en la dimensión literaria de los textos, exceden los significantes literarios y la textualidad.

Cuando se analizan los textos literarios por sus significados, buscando reconstituir su significación, se subordina el significante, la literalidad, la materia literaria a idealidades. Se trata de analizar el significante literario, los “efectos” textuales, en primer lugar en sí mismos y por sí mismos, porque los significados y las idealidades son en principio productos y efectos de texto.

Esta inmanencia no tiene profundidad. Es pura superficie literaria: un texto esconde a una primera mirada la ley de su composición y la regla de su juego, permanece siempre imperceptible. Todo texto es, en un cierto sentido, ilegible: su legibilidad no se da sino diferida, a través del trabajo de la lectura y de la escritura.

La materia es liberada de los presupuestos ontológicos y fenomenológicos que retienen aún los materialismos filosóficos en la metafísica de la presencia. La materia de la vida, la vida que se da como escritura desarma, para rearmar de otro modo, todos los principios de la fenomenología y de la ontología, en especial el primado y la soberanía de la presencia.

Derrida piensa la espectralidad de los fenómenos, el borrado que sucede antes a aquello que sucede, la desaparición en el núcleo de la aparición de los fenómenos: las cenizas como “esencia” sin esencia de la materia, exige que el concepto de realidad sea pensado otra vez, que la historia y la temporalidad sean precedidas por la espectralidad de los fenómenos, por la vida como huellas y el ser-en-deconstrucción de los textos.

LA OBRA SELECCIONADA

El juego de los abalorios

Autor: Hermann Hesse

Edición: Jorge Luis Borges. Biblioteca Personal. Hyspamerica. Buenos Aires, 1985.

EL AUTOR

Hermann Hesse (1877-1962), novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo, que por sus ideas irracionistas y místicas anticipó en muchos aspectos las vanguardias europeas. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental.

Hesse nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania. Como su padre había sido misionero, ingresó en un seminario, pero abandonó los estudios teológicos y empezó a trabajar primero como mecánico y luego como librero, por lo que puede decirse que fue un autodidacta. Esta etapa de rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela *Bajo las ruedas* (1906). A partir de su trabajo en la librería, se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza la sociedad y acaba llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de desgracias personales, así como su búsqueda de una espiritualidad universal que diera respuestas, para él satisfactorias, de la existencia humana, se convirtieron en el tema principal de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando

hacia nuevos objetivos espirituales y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no le eran válidos. En la novela *Demian* (1919), se percibe la clara influencia de la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio, aunque breve, psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre *Demian*, el personaje soñado, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades místicas de la experiencia humana. *Siddhartha* (1922) refleja su interés por el misticismo oriental, fruto de un viaje a la India. Esta novela corta, que evoca de forma lírica la relación entre un padre y un hijo, está basada en la vida del joven Buda.

El lobo estepario (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe — humana y licantrópica (véase *Hombre lobo*)— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior, *Narciso y Goldmundo* (1930). La última novela de Hesse, *El juego de abalorios* (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre.

Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946, murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.

ANÁLISIS HERMENÉUTICO DE LA OBRA

Los grandes ausentes

Siendo una obra cuyo relato se ubica en el futuro, dentro de una sociedad avanzada con todos los elementos técnicos a su disposición, resulta sugestivo la ausencia de dos inventos recientes de la ciencia, y que la técnica ha masificado.

Nos estamos refiriendo al celular y a la computadora, con su derivación de internet.

Esto nos indica que el autor no escapa a las limitaciones de su tiempo, ya que hacia 1943, fecha de publicación del libro, las computadoras personales, internet y el celular no eran ni imaginables.

Sin embargo el autor coloca la trama en un futuro que trasciende el año 2.000, por lo que dichos inventos tuvieron que estar presentes.

En la misma línea encontramos presente el automóvil y el teléfono, aunque está visto que las preferencias del autor hacia cada uno de estos artefactos es disímil, y los incluye en la medida de su gusto. El automóvil es más de su agrado y lo utiliza con mayor frecuencia en el transcurso del relato, mientras que el teléfono sólo en contadas ocasiones.

Línea argumental

En un futuro no bien precisado, se desarrolla un juego, denominado de los abalorios (Conjunto de cuentas agujereadas, con las cuales, ensartándolas, se hacen adornos y labores, 1º acepción Diccionario de la Lengua Española), surgido de un juego musical que se remonta hacia el Romanticismo, consistente éste último en que varios músicos interpretan por turno un tema musical, debiendo el siguiente en el turno continuar donde éste dejó o improvisar un empalme con otros temas, y así hasta que la línea se interrumpa.

A partir de este juego de conservatorio, el autor plantea un posible juego, pero ampliado a otras realidades culturales, como ser la historia, la filosofía, la religión, la lingüística, etc, etc.

El juego no se encuentra enunciado en sus generalidades, y el autor presupone su conocimiento.

Si bien el juego ha sufrido diversas mutaciones a través de los tiempos, en su esencia se mantiene, pero ha dado lugar, en vista a su apasionamiento, complejidad y altura espiritual que otorga a sus cultores, al nacimiento de una casta de jugadores con privilegios especiales por parte del Estado.

Es así como existen zonas de reclutamiento para los mejores jugadores, quienes en establecimientos especiales son preparados para ser hábiles jugadores y conductores de esta nueva casta.

Todo es sostenido por el mismo Estado.

Sin perjuicio de ello, todo el mundo puede participar de los juegos, pero solamente una vez al año se efectúan juegos abiertos y públicos, los que duran semanas y congregan a jugadores de todas partes del país (y así en cada país).

Existe una estructura administrativa que controla todo, con funciones especializadas y estratificadas, siendo el cargo de mayor importancia para el juego propiamente dicho, el del magíster ludi.

A pesar de ser un sistema social que suprime todo individualismo, los jugadores se encargan, cuando no están jugando o preparando un juego, de trabajos de investigación propios, según se los dicta su conciencia, y en las disciplinas más variadas, y aún en los temas más insospechados.

La atención se centra en un personaje, Josef Knecht, jugador hábil y distinguido en temas musicales (el preferido del autor) desde su tierna infancia (fue reclutado por el magíster musicae), que con el correr del tiempo llega a convertirse en el magíster ludi, justamente por sus habilidades como jugador y demás virtudes.

Este se convierte en una leyenda por su habilidad en sostener discusiones apologéticas a favor del juego, por su espíritu inquisitivo, por su capacidad de preparar juegos públicos magníficos.

Pero por sobre todo resulta una leyenda, por haberse dado cuenta que el juego tal como lo tenían reglamentado en sus más mínimos detalles, y por ende la vida de estilo monacal que llevaban los jugadores expertos en los establecimientos especiales, contenía el germen de su propia declinación, y que era necesario innovar en el rumbo para corregir sus falencias (toda coincidencia con la deconstrucción es pura coincidencia, o no), y así permitir un nuevo lapso de tiempo hasta la próxima crisis.

Entendiendo que en un sistema tan cerrado cualquier propuesta deconstructiva sería desechada sin siquiera examinarse, nuestro personaje discurre una estrategia que lo alejará de su cargo, poniéndolo nuevamente en la vida “civil” o mundana, para fallecer en un tonto accidente acuático, pero proyectando su leyenda por varias generaciones como el mentor de un importante cambio en el régimen de vida.

El autor identifica al relator como un trabajo de investigación sobre la prehistoria del juego y específicamente del magíster ludi Josef Knecht, conocido como Josephus III.

Elementos significantes para la deconstrucción del texto

En pág. 15: “la eliminación de lo individual, la inserción más completa –dentro de lo posible- de la persona en la escala jerárquica”.

El texto nos habla de una estructura social, segregada si se quiere, pero que obedece a un cierto perfeccionamiento humano, surgida a partir de los grandes conflictos del siglo XX (del que el autor fue testigo, y tal vez víctima), cuando la humanidad entendió que era necesario un movimiento hacia la superación espiritual del ser humano, y cuya composición genera en los individuos que conforman esta casta privilegiada, aunque no por ello excluida de obligaciones y duras exigencias similares a las de la vida monacal (el autor se siente atraído por la religión católica apostólica romana, sin haber profesado aparentemente su fe, e inserta en el relato un interesante capítulo sobre el Monasterio Benedictino de Mariafels).

En pág. 145: “Sabes que también más tarde, ..., puedes obtener permiso para fines de estudio, ... Mi predecesor ..., ha solicitado y recibido, ..., un año de permiso para sus estudios... Pero no recibió su permiso “por algún tiempo”, sino para un número determinado de meses, semanas y días. En el futuro deberás tener esto en cuenta. Y ahora tengo que hacerte una proposición: ... el monasterio benedictino de Mariafels, ... ha pedido que le mandemos por algún tiempo un maestro joven capaz de enseñar...”.

Pero acaso no era que había que dejar la indeterminación de “por algún tiempo”?

El texto no espera ni siquiera al siguiente párrafo para contradecirse él mismo.

¿Un desliz del relato? Tal vez.

¿Nos habla de la falibilidad humana? Seguramente.

La estructura monolítica del sistema, enquistada en la mente de los actores Castalios (el lugar de formación y juego), que debía estar en su subconsciente, parece que presenta fisuras que ni ellos mismos imaginan.

En efecto, éste Magíster Ludi acaba de realizar una confesión del perfeccionismo y puntillismo de la estructura Castalia, pero a renglón seguido incurre en el mismo error que acaba de corregir, indeterminar el tiempo.

¿Es acaso que para ciertas cuestiones vale la indeterminación? ¿O que en este caso concreto esta indeterminación es justificable, tal vez (a modo de ejemplo), porque los solicitantes no han especificado los plazos de su requerimiento?

¿Esta última afirmación, validaría la indeterminación? Indudablemente no.

Y es que en el sistema se contiene el germen de su desarticulación, aún imperceptible para los mismos personajes creados.

En pág. 145 y ss: A partir de aquí, y por los siguientes dos capítulos, denominados “Dos órdenes” y “La misión”, hasta la pág. 202, se trazan en paralelo dos instituciones y dos personalidades.

Por un lado, Castalia, el nuevo orden, y por el otro la orden Benedictina, o el viejo orden. También dos personajes arquetípicos de cada una de las mencionadas órdenes, Josef Knecht y el padre Jakobus, ambos compenetrados cada uno en su respectiva posición y celosos del trabajo del otro.

Ambas instituciones y personajes tiene sus similitudes y diferencias, y el hecho de interactuar a los personajes es más que nada para poner de relieve lo viejo y lo nuevo.

(No hemos encontrado referencias a un monasterio benedictino de Mariafels, solamente un pueblo denominado Maienfels, ubicado a unos 71,6 km de distancia en línea recta de la localidad en donde nació Hesse –Calw-, en

Alemania, estado de Baden - Wurttemberg. Sabemos que existieron monasterios benedictinos en Alemania, pero no pudimos dar con sus localizaciones).

La Orden Benedictina es antiquísima, y tiene la virtud de haber sobrevivido a contingencias históricas disímiles, pero siempre ha sabido salir adelante, y a llegado a un estado de envidiable longevidad, de tal suerte que puede transmitir dicha enseñanza.

La Orden Castalia es nueva, vivió un gran esplendor y ahora está acomodada a un papel menos importante pero aún de gran trascendencia social y cultural. Es el sistema imperante, superador de viejas estructuras, que viene a reemplazar tanto a las religiones, a los dogmatismos políticos, a cualquier otra tendencia extraviante de la sociedad, como una suerte de contenedora apta para espíritus superados. Pero aún le falta aprender a sortear los momentos difíciles, de extrema crudeza que amenacen la supervivencia de la orden, y en tal sentido puede aprender mucho de la vieja orden benedictina.

Los dos personajes tienen también sus rasgos comunes y diferencias, y si la atención se enfoca en el padre Jakobus, lo es como fiel expresión de la idiosincrasia de la vieja orden.

Jakobus representa el antiguo linaje benedictino, lleno de historia y conocedor de la misma. Amante de la música y los coros, encerrado no solamente en sentido espacial, sino también temporal. Se observa a los personajes pausados, sin prisa, como si no existiera el tiempo, pero también como si no tuvieran nada que hacer, más que sujetarse a los vaivenes del ir y venir de Josef Knecht.

En contraposición, Knecht se nos presenta como el polo opuesto, es la modernidad, el representante de los nuevos tiempos y sistema, que inquiere sobre la "razón de ser" de este viejo convento, pero que queda anonadado por la pérdida de tiempos y esfuerzos de parte de sus componentes.

En este estadio cabe confrontar a estos dos personajes con un tercero, representante del mundanismo también imperante en este futuro utópico que el autor nos presenta.

Debemos aclarar previamente que existe en el texto una confrontación directa de los sistemas de vida. El mundo sigue su propio derrotero, con sus mismos contrastes de todos los tiempos, debatiéndose entre lo que debe ser y lo que es. Y éste personaje, Plinio Designori es el arquetipo de una sociedad más preocupada en los detalles cotidianos de su intrascendencia que en las cuestiones trascendentes de la humanidad y del propio espíritu (si es que puede definírsele en alguna forma).

Aclaremos que el autor se imagina una sociedad "conservadora", con todas sus necesidades básicas satisfechas, con personas de mayor ingreso que otras (como el caso que nos ocupa), pero que en definitiva resulta un tanto bucólica.

Tal vez el autor carece de una experiencia de marginación y miseria, tal como en nuestro país conocemos, o tal vez, simplemente esté tan enfrascado en la contienda mundial que asolaba al mundo en la década del 40, que los restantes problemas sociales carecen de relevancia. O que tal vez, estas miserias humanas han surgido con posterioridad a la fecha en que el autor escribiera su libro. Pero esto último no es así, las miserias siempre existieron.

En definitiva, lo que nos interesa ahora es que todos los personajes representan a una sociedad "conservadora", y en dicho ámbito debemos limitar nuestro análisis, aunque nos preguntamos si a los efectos de la historia que el texto narra, las restantes cuestiones resultan importantes o no.

Pero la cuestión está planteada desde un adentro de cada persona, por más que utilice la conducta exterior de la persona para relatarlo.

En efecto, si comparamos esta novela con el Ulises de Joyce, vemos que de todos modos ambas relatan desde la interioridad de las personas.

Nuestro Josef Knecht trata de expresar sus propias tendencias interiores (siempre desde un plano de superioridad espiritual, dejando de lado, por no decir despreciando, a los espíritus inferiores - ¿suena a Nietzsche? -), pero a diferencia de Leopold Bloom, la exterioridad es parte importante en el relato, y es que al margen de ésta similitud, las diferencias se notan inmediatamente.

¿Cuáles?

El Ulises nos muestra una realidad interior, pero no pretende dejarnos una enseñanza expresa, solamente aprendemos de la observación de esa situación, si somos capaces de verla.

Al contrario, El juego de abalorios pretende dejarnos una posible enseñanza, relacionada a la factibilidad del ser humano de encontrar un camino de superación interior.

Pero si ese era el objetivo íntimo del autor, al condicionarlo a situaciones ideales de lugares e instituciones, liminarmente el mensaje es distorsionado. Ello así porque según el texto, para que el personaje logre su propia superación, es necesario que exista una infraestructura educativa y edilicia imponente, con lo cual el mensaje se desvirtúa, ya que si no existen estas condiciones ideales, la superación personal es imposible.

También es sintomático que las exigencias del nuevo orden que plantea el texto, son extremas, por lo que a su turno, la superación personal es casi imposible.

Otra alternativa dentro de lo que podemos suponer es la intencionalidad del autor, de dejarnos una enseñanza, más plausible tal vez a partir del mero análisis del texto, es la del cambio "hacia arriba" de la misma sociedad. Para ello prestamos atención en las instituciones.

Las figuras que prevalecen, aunque no actúan en la ficción que presenta el autor, son las instituciones. Para el caso, el Estado, autor de la reforma. La sociedad, que presta conformidad a la reforma. El ente educativo autónomo de Castalia, que representa la reforma en sí misma. El monasterio benedictino de Mariafels, que plantea la persistencia. El Vaticano, un tanto más lejos, pero siempre presente (aunque no define cuál es su ingerencia sobre los acontecimientos mundiales).

Es decir que a través de los personajes que interactúan, en realidad lo que se está potenciando es el actual de las instituciones, a través de arquetipos dibujados ex profeso para simbolizarlos. En definitiva, los verdaderos actores de la novela son las instituciones, y a través se presenta a la sociedad como la madre de todas ellas. Madre que continuamente pare hijos, que es madre, abuela y bisabuela, porque a veces no son instituciones originales, sino subproductos de otras anteriores que han mutado.

En realidad cada institución tiene fecha de nacimiento, por más que ese nacimiento date de antiguo. Así la República se remonta a los primeros siglos de Roma, y los cuerpos deliberativos legisferantes son una realidad desde la antigua Grecia (aunque es posible que se remonten a períodos anteriores). ¿Qué es nuevo en los tiempos modernos? La Iglesia Católica tal como la conocemos actualmente, data de los primeros siglos de nuestra era. La adoración de los dioses es inmemorial. Pero el Estado intervencionista (aquel que interviene en todas las cuestiones sociales, un tanto omnipresente) es una creación moderna. El gobierno mundial (Naciones Unidas), es del siglo XX, aunque experiencias parciales se dieron desde antiguo (la antigua Grecia es un ejemplo claro), pero parciales.

Es justamente esta idea de Institución lo que nos plantea el texto en análisis, y las distintas especulaciones a las que podemos arribar.

Tengamos en cuenta que lo que buscamos son las huellas, y ellas son las del lector, aunque no prescindimos de las del autor, que también las deja.

¿Cuáles son las circunstancias y condiciones sociales que deben darse para que una Institución pueda ver la luz?

La respuesta es compleja y no creo que pueda ser unívoca. Pero el texto nos propone respuestas que podemos buscarlas en su letra.

Primero, tal vez, la crisis. Crisis de instituciones, que denotan insuficiencia para dar respuesta a los problemas que actualmente aquejan al sistema (la actualidad no es histórica, ya que se refiere a realidades circundantes del destinatario y también abarca al emisor).

En nuestro texto, la crisis está dada por las grandes guerras del siglo XX, y aunque más disimulado, por la cultura mundana.

Segundo el hastío social. Es necesario que exista la idea de que la situación imperante es negativa para la comunidad. Ello es expuesto por el narrador del texto en forma expresa en diversas partes del relato histórico que efectúa.

Tercero la búsqueda del cambio. A la segunda condición, es necesario que se le adose la idea que un cambio beneficiará la situación dada. Ello induce a la búsqueda de nuevas alternativas.

Cuarto el antecedente. Esto surge claramente del texto, que en el informe histórico hace referencia a un juego preexistente, de antigua alcuña, pero circunscripto al ámbito de la música, y que de allí se va extendiendo a otras realidades culturales, va mutando sus reglas hasta convertirse en el juego propiamente dicho.

Este devenir se inicia con un sencillo juego, tal vez de jóvenes estudiantes aspirantes a ejecutantes de música, va creciendo en complejidad y suscita la atención de otras realidades culturales que le agregan reglas a la par que extienden su ámbito de acción.

Llega el momento de su sistematización y petrificación a partir de las leyes del juego compendiadas y receptadas socialmente como verdaderas (hablamos de instituciones, porque no compartimos la idea de la verdad como consenso).

Esta situación puede tener una recepción socialmente limitada a un grupo específico, o, aunque deferida también a un determinado sector social, ser aceptada por la generalidad del cuerpo social.

La idea de que toda institución tiene un ciclo vital igual que el humano, cual organismo viviente, es de docta raigambre sociológica jurídica, y sus partidarios sostienen que hay un período, luego del nacimiento, que denominan de consolidación, en el cual la misma se petrifica, se vuelve menos elástica, y a partir de allí se instala el germen de su final.

Justamente contra ésta situación de falta de adaptación de las instituciones a nuevos cambios o anhelos sociales nos advierte el texto analizado. El sacrificio del actor principal a una situación privilegiada en pos de un mensaje que evite el distanciamiento de la Institución de la sociedad (tal como le habría ocurrido a los benedictinos –es el mensaje sublimar–), nos habla de la necesidad de obtener cambios oportunos e instituciones siempre flexibles, permeables a nuevas tendencias, aunque no demasiado innovativas, es decir, siempre discretamente conservadora.

En pág. 16: “toda fase de desenvolvimiento, ..., delatan ... a la persona que introdujo el cambio”.

Anotamos al respecto unas cuantas ideas.

Primero, identificar a la persona, cuando se pierde la individualidad, resulta imposible.

El texto realiza el ensalzamiento del nuevo orden, identificando como premisa, la pérdida de la individualidad en aras del sistema. El hombre es más digno en tanto en cuanto pierde su identidad y se mimetiza con sus funciones llevadas adelante en forma anónima y exasperantemente reglamentaria.

En definitiva, todo vestigio de persona tiende a ser absorbido por el sistema, y toda huella del individuo desaparece, por lo que resultaría poco menos que imposible identificar a la persona, a lo sumo encontraremos un simple nombre asociado a un tiempo, pero nada más.

Segundo, anular la personalidad en aras del anonimato propio de una Estructura, implica el estancamiento y la imposibilidad de todo cambio.

En efecto, si procedemos a identificar a la persona con sus funciones, y éstas se encuentran perfectamente reglamentadas, ésta se convierte en un ser mecánico, incapaz de tener ningún tipo de iniciativa, ajustando su conducta a lo que las normas establecen.

Por ello el texto se contradice, no se puede encontrar cambios en un sistema que no permite el desarrollo de una personalidad, y si por accidente ocurre, o si somos partidarios de que el espíritu humano es imposible de anular, entonces cualquier iniciativa será condenada al fracaso, aplastada por el peso de la costumbre.

Ejemplo de ello lo encontramos en la antigua Grecia, específicamente en la ciudad de Esparta, en donde el individualismo se encontraba fuertemente sujeto al bien común de la ciudad, y donde toda alteración de la costumbre era totalmente mal vista. Se cuenta la historia del Ateniense asilado en Esparta, que pretendió introducir una modificación a un instrumento de cuerdas espartano, consistente en agregarle dos más a las cuatro existentes, y fue inmediatamente deportado. Iniciativa – Anulación.

Tercero el autor se contradice con su contexto social. Es pacifista y contrario al régimen nazi de la Alemania Hitlerista, la que propugnaba justamente la pérdida de la individualidad en aras de una idea superior: El Estado Alemán y su Régimen, defensor de un sentimiento nacional de raza (adherido en cierta forma por Martin Heidegger, y cuyas conclusiones fueran “entendibles” para Derrida – Del espíritu. Heidegger y la pregunta. Valencia, Pre – textos 1989. Trad. M. Arranz).

Podemos ver que a partir de su ideario, el nacismo crea una estructura a la que debe el hombre adecuarse, perdiendo justamente su individualismo.

Hesse, aún siendo alemán, rechazó abiertamente esta política (lo que sumado a su producción literaria justifica el Premio Nobel de 1946), pero toma este estructuralismo y lo erige como arquetipo de la perfección. Esta estructura que crea el texto, representada por Castalia y todo el sistema educativo pergeñado en el libro.

Aún si tenemos en cuenta que la obra habla de cierta superioridad de ideas, arte (música), en definitiva del espíritu, se acerca peligrosamente al Espíritu Nacionalista.

Por ello vemos cómo lo que es atacado fuera de texto, es defendido en el texto.

En pág. 16: “prestar servicios, matizados de sobrepersonalisms”.

El Diccionario de la Real Academia Española define el término Personalismo, y le adjudica tres acepciones:

1. Adhesión a una persona o a las tendencias que ella representa, especialmente en política.
2. Tendencia a subordinar el interés común a miras personales.
3. Sátira o agravio dirigidos a una persona que se designa expresamente.

Como tendencia filosófica, el personalismo lo encontramos en el neotomismo y en Emmanuel Mounier a quien la Enciclopedia Encarta define así: “(1905-1950), filósofo francés. Nacido en Grenoble, fue discípulo de Henri Bergson y de Charles Pierre Péguy. Católico militante, en 1932 fundó la revista *Esprit*, que jugaría un papel muy importante en el movimiento intelectual francés durante el periodo de entreguerras. Su pensamiento filosófico, expuesto desde las páginas de *Esprit*, constituyó una cierta forma de humanismo cristiano que él mismo denominó personalismo y cuya preocupación fundamental era elevar la conciencia del hombre para hacer de él una persona libre, activa, solidaria y destinada a la trascendencia. Hostil al egoísmo capitalista y burgués, las tesis de Mounier trataron de conciliar en alguna medida las propias del cristianismo y las del socialismo. Sus principales obras fueron: *Revolución personalista y comunitaria* (1934), *De la propiedad capitalista a la propiedad humana* (1936), *Tratado del carácter* (1946), *Introducción a los existencialismos* (1946), *¿Qué es el personalismo?* (1947), *El pequeño miedo del siglo XX* (1949), *El personalismo* (1949) y *Fe cristiana y civilización* (1950). Emmanuel Mounier falleció en 1950 en Châtenay-Malabry”.

Ahora bien, que entiende el autor por “sobrepersonalismo”, no nos queda claro. Como definición o referencia no lo hemos encontrado, y por nuestra limitación en el manejo del alemán, tampoco podemos recurrir a la versión original.

Lo que sí destacamos, es el contrasentido de sostener la pérdida de personalidad, el anonadamiento del espíritu en función del sistema, para luego sobresaltar actitudes personalistas, y peor aún “sobrepersonalistas”.

El texto principia por informarnos que en las épocas previas a la instauración de Castalia, cuando la sociedad se manejaba con criterios meramente mundanos, lo que importaba a los biógrafos, eran justamente las personalidades discrepantes, lo anormal y único. Mientras que ahora (en el futuro utópico del texto),

fundamentan la condición de autoridad y espiritualidad en el anonimato, y encuentran loable que el hombre, más allá de toda originalidad y rareza, logra un puesto dentro del orden general.

Volvemos al tema, ¿el texto, que entiende por “sobrepersonalismo”?, y se lo debemos preguntar al texto, porque “no existe fuera del texto”.

¿Acaso entiende ello por persona discrepante?, ¿o por anormal? ¿O por único? Si es así, indudablemente que la idea no cierra, porque de esa forma nada ha cambiado.

El texto pretende crear un ser superior, al estilo de Nietzsche atemperado, pero con los mismos elementos que critica, y dentro de estructuras que también critica.

La mención que el texto hace del “sabio” se vincula a la de los versos tan afamados y que torpemente mencionamos, sin pretender ser una cita textual: Que vida tan descansada de aquel que se aleja del mundanal ruido, por la senda de los sabios que pocos han seguido.

O lo que es lo mismo, un “sabio” no se inserta en un sistema, porque simplemente lo trasciende.

Colofón

¿Por qué? Pero aquí damos por concluido nuestro análisis, en el entendimiento que las huellas se presentan como capas que se van deshojando a través del tiempo, y que es necesario ir paulatinamente develando.

Son como los misterios de la doctrina católica, que cada vez podemos ir comprendiendo mejor, pero que jamás podremos en esta vida entender completamente, sino al final, al estar frente a Dios.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y/O UTILIZADA

BIBLIOTECA DE CONSULTA ENCARTA 2004.

©1993-2003 Microsoft Corporation.

Microsoft Encarta Program Manager

One Microsoft Way

Redmond, WA 98052-6399

U.S.A.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la Lengua Española. 22ª. Edición. Madrid, 2001.

El juego de los abalorios. Hemann Hesse. Edición: Jorge Luis Borges. Biblioteca Personal. Hyspamerica. Buenos Aires, 1985. Traducción de Mariano s. De Luque. Título original: Das Glasperlen Spiel

Jacques Derrida, una introducción. Por Marc Goldschmit. Colección Claves, dirigida por Hugo Vezzetti. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires 1ª ed. 2004. Traducción de Emilio Bernini. Título del original en francés: Jacques Derrida, une introduction, París, Pocket, col. Agora, 2003.

La hermenéutica y las ciencias sociales. Por Zygmunt Bauman. Colección Cultura y Sociedad, dirigida por Carlos Altamirano. Edición Nueva Visión. Buenos Aires. 2002. Traducción de Víctor Magno Boyé. Título del original en inglés: Hermeneutics and social science. New York, Columbia University Press, 1978.

La diseminación. Por Jacques Derrida. Colección Espiral, dirigida por Julián Ríos. Editorial Fundamentos, 1975. España.